

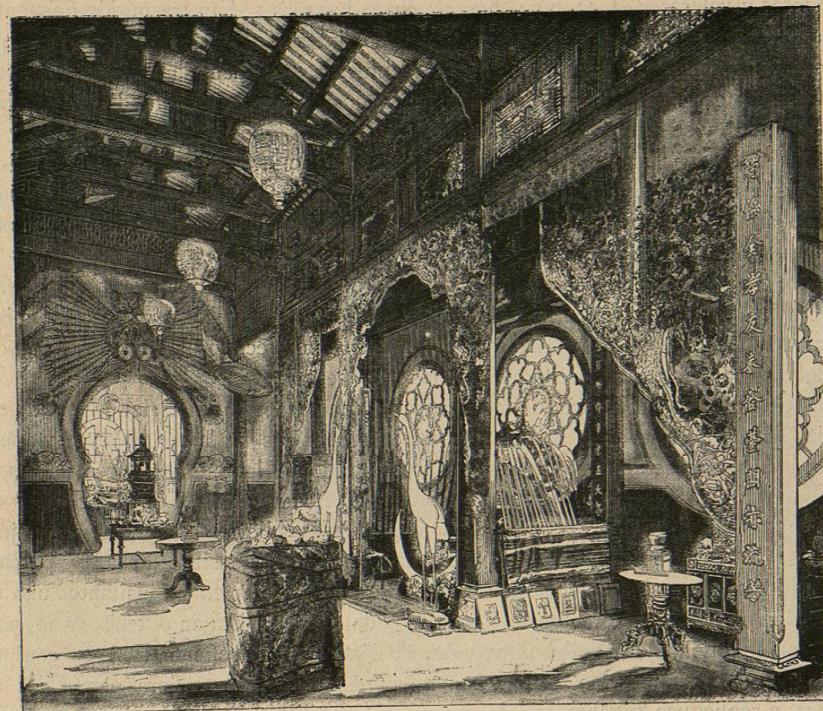
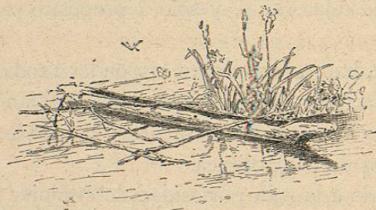
serpiente, un enorme gorilla negro que se parece á un viejo auvernés, y un horrible pajarraco, que por encima de un pico tamaño tiene un largo cuerno de color pardusco.

Los terlices y lanas de Tahiti me han parecido muy ordinarios; las armas caledonienses de la colección de M. Moriceau y los objetos tonquineses de la colección de Monseñor Puginier me han dejado únicamente el recuerdo de las cosas que convendría ver más despacio.

Se me va á censurar, como siempre, por no terminar mi disertación con algunas ideas generales. Es tarea superior á mis fuerzas: he buscado esas ideas y no he encontrado ninguna. Esta Exposición prueba la grandeza, la variedad, la fecundidad de las Colonias francesas. Pero de saber si es preciso deducir la necesidad de la *expansión colonial*, de que habla siempre papá, y si se puede encontrar una contestación á cierto *argumento de los presupuestivos*, de que habla también á menudo, no me siento capaz en este momento. El recuerdo de los manguitos, de los sombreros de las bellas telas amarillas y azules con sus dibujos tan variados, todo esto me impide levantarme á pensamientos más nobles. Para esto, acaso sería menester que yo me creyera Mma. Stael visitando esta Exposición, y francamente no tengo tantos alientos. Se me ha enseñado un retrato de esta ilustre dama: era fea y ceñía turbante. ¡Qué horror!

Por copia conforme.

T. de WIZEWA



Sala central del Palacio de la CochinChina

EL PALACIO DE LA COCHINCHINA

Las almas europeas, suponiendo que todos los europeos tengan alma, se pueden dividir en dos categorías, las viajeras y las sedentarias: las primeras comparan; las segundas evocan.

Las sedentarias, á fuerza de equiparar lo que están acostumbradas á ver, disminuyen y envilecen los placeres más nuevos. Por medio de la evocación, las viajeras exaltan y centuplican las sensaciones que produce un espectáculo no conocido... ¿No experimentáis á veces una dulce impresión, exenta de preocupaciones, ante ciertas intimidades descubiertas de pronto? Venid conmigo al Palacio de la CochinChina, que allí os esperan tal vez los recreos más imprevistos.

Observad por lo pronto que, en medio de todos los demás, se distingue por las líneas más caprichosas y las coloraciones más intensas. Entre el verde, el rojo y el amarillo muy vivos, el yeso presenta la blancura deslumbradora de la nieve; esta violencia de tonos es la que nos parece picante, y produce en la vista la misma impresión ácida que en el oído el clarín penetrante del Teatro Anamita.

Allí se ven siempre los mismos personajes, que parecen incrustados en la piedra, y que con sus miradas torvas, la crin de sus largas pelucas y el bermellón de sus mejillas, ofrecen un conjunto singular.

Sin embargo, no se les ha de tomar por salvajes, porque son verdaderos artistas.

pensadores y valerosos. Tienen sus héroes, cuyas hazañas se han transmitido fielmente á través de los siglos; y también sus leyendas, todas interesantes, ora elegíacas, ora guerreras, pero siempre poéticas. Esos hombres aprecian en mucho la literatura, el arte y el amor; cuentan generaciones gloriosas de letrados, capaces de profundizar los problemas filosóficos, y su famosa Academia imperial de Hué sigue formándolos siempre.

Como todos los verdaderos poetas, atribuyen á las cosas más sencillas significaciones profundas: esas conmemoraciones, máximas piadosas ó sentencias morales, osténtanse en las puertas ó en las paredes de los templos, y las hay tan sencillas, que parecerían cándidas: «La luna es dulce; el sol ilumina;» y otras por el estilo.

Entre esa gente todo es pretexto para construir un templo. Los erigen á los genios de la agricultura, á los mandarines militares, á los simples hombres honrados, lo mismo á los muertos que á los vivos, á los manes de los que no recibieron sepultura, á los genios del cielo, de la tierra y del agua, y á las vírgenes difuntas.

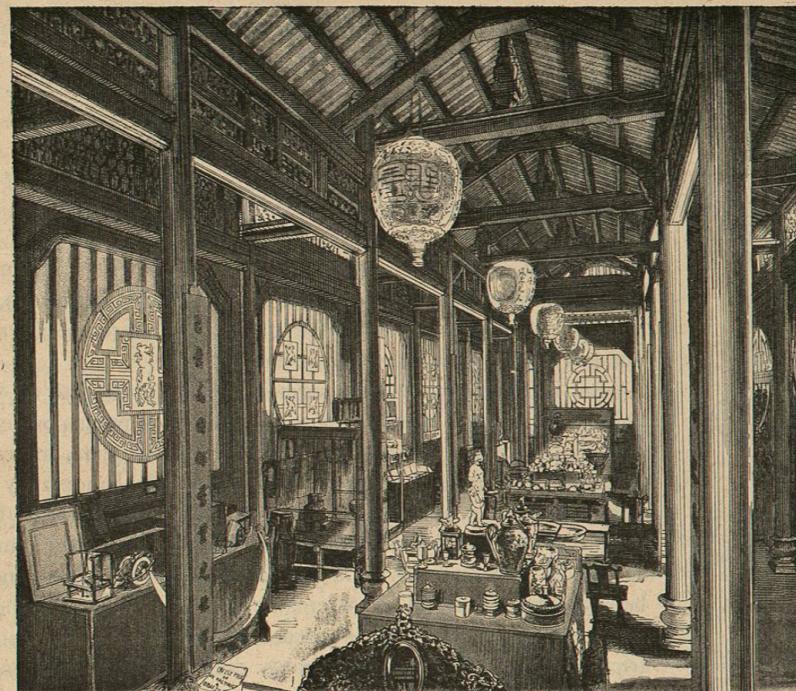
La parte central del Palacio de la Cochinchina es la reproducción fiel de una de esas pagodas. El pórtico de entrada llama la atención por sus brillantes colores, y apenas franqueado, péntrase en un patio lleno de frescura, donde la vista se recrea en los mil detalles de la fuente central, ornada de curiosos objetos de alfarería y de arbustos que prestan agradable sombra. Acá y allá, al abrigo de la galería circular, se ven objetos múltiples: modelos de embarcaciones y de sillas de manos; utensilios de caza y pesca; y á cada lado dragones de porcelana barnizada, que parecen fijar en los visitantes una mirada estúpida y amenazadora. Pero esto no es nada; fijad la vista en el techo, y os asombrará una maravilla del arte decorativo, concepción bárbara y refinada á la vez, conjunto fantástico en que se mezclan de una manera ingenuamente aterradora personajes minúsculos y repliegues gigantescos de monstruos reptilianos; tortugas desmesuradas, é hidras de alas puntiagudas. En todo esto los colores son ricos, y los buenos industriales de Anam no han necesitado recurrir á los bermellones crudos ni á los verdes intensos; aquí predominan los tonos de esmaltes sombríos, en que el oro se mezcla con moderación; y el conjunto se perfila coronado por la sinuosidad de las serpientes, sobrepuesto de un objeto de extraño capricho, astro ó flor, ó acaso ambas cosas á la vez, producto de una fantasía inmemorial.

Si se penetra en el santuario, se verá en el nicho central que debe ocupar de ordinario un Budha, algunos muebles sobrecargados de cinceladuras doradas. Del techo penden enormes festones de telas preciosas, dragones tejidos con hilo de oro, pavos reales que se ostentan orgullosamente sobre fondos de escarlata; y á cada lado, posadas en enormes tortugas, las famosas grullas legendarias. Así como la serpiente, la humilde tortuga tiene la reputación de conjurar las desgracias; animal misterioso, el pueblo cree que en la especie no hay machos; y como animal simbólico, su lomo combado figura el cielo, representando su vientre plano la superficie terrestre; de manera que es por sí solo un mundo reducido.

No podemos entrar aquí en el detalle de los objetos que obstruyen este templo: á cada paso hay un símbolo; por doquiera una enseñanza.

En un escaparate se ve la cera; en otro la seda, cuyos capullos dan una hebra cuya finura no cede al parecer á la de la China; y el nácar abunda de tal modo, que no parece sino que ese país es por excelencia la tierra prometida de los incrustadores.

En diversas partes del palacio hay numerosas camas de madera con incrustaciones magníficas. El anamita parece dar especial importancia á la fabricación de los muebles



Galería de exposición del Palacio de la Cochinchina

destinados al descanso; y los que hay aquí son verdaderos monumentos, de los más variados que se puedan imaginar. Los más sencillos, de simple roten, ó de juncos trenzados, se pueden obtener por una veintena de pesetas; pero otros, de madera esculpida, con mosaicos de nácar, costarían sumas considerables.

Puesto que hablamos de esa industria de la incrustación, una de aquellas en que el anamita se muestra más hábil, justo será decir algo de varios tableros de muebles que son verdaderas obras maestras en su género. En ellos se representan innumerables imágenes, escenas que cambian á cada centímetro cuadrado: jinetes lanzándose al ataque de una ciudadela; torneos en campo cerrado; en un bosque, serpientes que se enroscan en los troncos de los árboles, y tigres que acechan su presa; barqueros que cruzan un río; mandarines que, jugando al ajedrez en su casa, apuran gravemente tazas de te, ó se dejan abanicar; en pagodas, *bonzos* que practican sus ritos; y en fin, todo un mundo absurdo y seductor, que la fantasía del artista ha reunido pacientemente, con una exactitud de contornos que no puede menos de sorprender.

Mucho habría que decir si se quisiesen profundizar en detalle los productos del país, analizar la parte técnica de la arquitectura, y extenderse sobre las leyendas. Lo que deseamos, al hacer este bosquejo, es comunicar al lector la impresión de simpatía que nos produjo durante algunos minutos nuestro viaje imaginario por ese pueblo risueño, paciente y laborioso, enamorado de las imágenes brillantes y de las oscuras leyendas.

ARSENIO ALEXANDRE